

APROPÓSITO DE LA LAUREADA PELÍCULA DE LA DIRECTORA LILA AVILÉS

La camarista



LEDAM.
Pérez

Profesora e investigadora de la Universidad del Pacífico

Hace unos días, la cineasta Lila Avilés ganó el premio de mejor ópera prima en el Festival de Cine de Lima, organizado por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), por su filme “La camarista”. La película me hizo pensar en la importancia de la mirada de quien relata la historia para contribuir a entendimientos más completos de situaciones complejas. En este largometraje, la narración la dicta una joven camarera de un lujoso hotel de Ciudad de México—Eve—, que lleva al espectador hacia sus quehaceres cotidianos.

Mientras acompañaba a Eve, no podía dejar de pensar en el director Alfonso Cuarón y en su aclamada “Roma”, en la que, pese a presentar a Cleo como una mujer inspiradora y colocarla como el personaje central de la trama, el que narra es Cuarón, con base en sus recuerdos de infancia.

Ambas películas han sido dirigidas por mexicanos, un hombre de mediana edad y una mujer joven. La primera relata una experiencia vivida hace casi 50 años, y la otra nos cuenta una historia mucho más actual. Ambas, sin embargo, centran su mirada en las labores de dos mujeres jóvenes, pobres, no blancas y que trabajan al servicio de otros. En los dos casos se nos presenta a personas cuyas existencias sirven para asegurar la comodidad de otros: Cleo lo hace en una casa llena de niños, quehaceres domésticos y dramas familiares, mientras que Eve se dedica a un hotel colmado de personas provenientes de diversas partes del mundo con necesidades de limpieza, alimentación y, muchas veces, atención personal.

Para Cuarón, situar a Cleo como la protagonista de “Roma” fue una manera de honrar a la niñera que jugó un papel clave en su in-

fancia. Sin embargo, al basarse en su propia experiencia, no alcanzó a registrar los complejos sentimientos que—conseguridad—ella sintió con relación a su papel inferiorizado en la sociedad mexicana. En contraste, Avilés coloca la mirada del espectador en Eve, quien nos muestra directamente—a través de sus ojos y sus sensaciones—un testimonio del constante maltrato que sufre en su trabajo.

Por ejemplo, la película comienza con Eve limpiando una habitación desastrosa en la que encuentra a un huésped dormitando debajo de las colchas. Al descubrirse ambos, él solo le hace una seña con la mano para indicarle que se vaya—tal vez avergonzado de que la joven lo haya encontrado en una situación tan desagradable—. Eve también nos lleva al cuarto del huésped malcriado, que constantemente le pide objetos adicionales (el individuo es una suerte de acaparador de jabones y perfumes de hotel) y que, en lugar de agradecerle por su atención, la mira despectivamente. O al de la señora argentina que espera a su marido empresario en el hotel con su bebe, al que debe amamantar, y que engatusa a la joven Eve para que pase todos los días a encargarse un rato del niño a fin de que pueda ducharse tranquila. En contra-

posición, Eve aprovecha para ducharse en el hotel antes de salir hacia su lejano domicilio, que no cuenta con agua de caño.

Las escenas con la argentina, sin embargo, son engañosas. La señora es amable, aparentemente horizontal en su trato con Eve, y le paga a esta por su tiempo. Sin embargo, viendo la situación a través de la mirada de Eve, se percibe el abismo entre las dos: una cuenta con los recursos suficientes como para emplear a otra, quien, para salir a trabajar, necesita a su vez dejar a su propio hijo de 4 años a cargo de otra mujer pobre.

Al final, el poder está del otro lado y Eve, como tantas otras en su situación, es solo un instrumento que sirve para el momento. La señora parte luego de sugerirle un posible trabajo en Argentina, y ni siquiera se despide.

Y así prosigue la película, escena tras escena de huéspedes inconscientes—o indiferentes—, así como también compañeros de trabajo depreadores. Para Eve no hay un sitio seguro. Esta es su vida. Y Avilés nos lo muestra sin titubear. Así es para tantas mujeres en servicio doméstico o de cuidados: mal remuneradas, marginadas, invisibilizadas, blancos para la explotación. Solas. Pero, gracias a Avilés y Eve, no mudas. —



ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

“Avilés nos muestra, a través de los ojos y las sensaciones de Eve, el constante maltrato que esta sufre en su trabajo”.

RINCÓN DEL AUTOR

Escondido en el baño



PATRICIA
del Río

Periodista

Hay luchas que resultan agotadoras porque el objetivo parece tan inalcanzable que provoca tirar la toalla. Hay luchas que uno emprende en vida y sabe que morirá sin ver la solución, porque el cambio implica romper con esquemas demasiado arraigados en la sociedad. Hay luchas que resultan ineludibles, porque sabemos que, si abandonamos hoy, el futuro será un espantoso lugar para nuestros hijos.

La lucha contra el machismo es una de ellas. Esta no es una guerra de hombres contra mujeres. Tampoco es un movimiento que pretende ventilar a todos los acosadores del mundo para vengarse de ellos. El combate contra el machismo busca transformar la manera como se han relacionado hombres y mujeres a lo largo de siglos. Tiene la difícil tarea de cuestionar y revertir la forma como los seres humanos nos hemos organizado en lo social, lo familiar, lo económico y en prácticamente cada ámbito de nuestras vidas.

Hacerle ver a un hombre o a una mujer que el mundo tal cual lo concebían ya no da para más despierta muchas pasiones. Y no puede ser de otra manera.

¿Cómo se avanza entonces? Hay quienes asumen posturas extremas para que gracias a la polémica el tema esté siempre en agenda. Están quienes buscan cambios a través de leyes. Otros trabajan con las nuevas generaciones. Hay marchas alhara-

quintas, trabajo silencioso, emprendedurismos contagiosos, campañas originales, pero lo que está clarísimo es que ya no hay espacio para el silencio y el conformismo.

El martes 27 de agosto el abogado Adolfo Bazán, que ha sido acusado por varias mujeres (por lo menos cuatro) de haberlas dopado, haberlas tocado sin su consentimiento e incluso haberlas violado, intentó salir del país, debido a que no pesaba sobre él ningún impedimento de salida. Llegó tan campante al aeropuerto Jorge Chávez y se paseó como cualquier pasajero. Pero ocurrió algo que una mente machista como la suya ni siquiera había considerado: la sociedad entera lo repudió. Los pasajeros le tomaron fotos, lo denunciaron a los medios de comunicación, lo mantuvieron vigilado. Las autoridades de Migraciones exigieron a la justicia que diera la medida correspondiente para que no fugara. Las líneas aéreas advirtieron que se reservaban el derecho de embarcarlo en uno de sus vuelos. La vergüenza fue tal que el otrora machito Bazán terminó escondido en el baño del aeropuerto sin cara para enfrentar el rechazo ciudadano.

Finalmente, la orden de impedimento del país llegó a Migraciones y Bazán no pudo fugar. Y de pronto ese cansancio que trae esta lucha, esa derrota que sentimos ante cada feminicidio, ese agotamiento que nos invade cuando escuchamos a algún fanático pedir que las mujeres se vistan con falda rosa, vio por un minuto la luz. Y nos dio fuerza para confiar en que, aunque sea de a poco y lentamente, las cosas van cambiando, que ya no hay marcha atrás. El machismo y la bestialidad están perdiendo terreno y en un futuro, no muy lejano, se quedarán encerrados para siempre en un fétido baño. —

MIRADA DE FONDO

¿Qué significa crecer al 2,5%?



DIEGO
Macera

Gerente general del Instituto Peruano de Economía

Los economistas sabemos que, para los no especialistas y no afanosos, la economía es aburrida, complicada y tediosa. Los porcentajes, ratios y tasas se cruzan en una ensalada de datos y proyecciones que, por si fuera poco, suelen estar equivocadas.

Pero, aunque la sección de Economía sea la que siempre nos saltamos al momento de leer el diario, la verdad es que el desinterés no blinda del impacto de estos números abstractos al día a día de la persona promedio. Diferencias que parecen chicas, cuando sumadas, pueden cambiar la foto por completo y, cuando se habla de producción, eso es especialmente claro. De la obsesión de los economistas con el PBI ya se ha debatido mucho (y varias críticas son absolutamente razonables), pero lamentablemente ese número—sobre todo cuando expresado en per cápita—es lo que mejor refleja la posibilidad de progresos en la calidad de vida de la gente a largo plazo.

Dicho eso, ¿qué significa para la persona promedio, entonces, crecer este año a aproxi-

madamente 2,5%, como se estima desde distintos frentes? Un buen punto de referencia puede ser lo que sucedió en el 2017, cuando ese fue precisamente el ritmo de expansión. Como se sabe, ese fue el único año desde que se lleva registro (2004) en el que la pobreza aumentó. Más de 300.000 peruanos regresaron a vivir por debajo de la línea de pobreza. Si tuviésemos un resultado similar en pobreza para este año, no sería muy sorprendente.

¿Y el empleo? Según cifras que publica el BCRP con información de Sunat, el empleo formal en empresas creció 2,5% en el 2017 y 4,4% en el 2018, año en el que el PBI se expandió 4%. Las cifras de crecimiento de producto y empleo, como se ve, son sorprendentemente similares en este breve período. Pero esos números por sí solos quizá dicen poco. Con más contexto: para cubrir por lo menos a las personas jóvenes que cada año ingresan al mercado laboral a buscar trabajo, el empleo formal privado debería expandirse a tasas más cercanas al 8%. No estamos ni cerca. Y eso sin siquiera intentar incluir a los que ya son informales hoy, es decir, la gran mayoría.

Ver esto en el corto plazo, sin embargo, puede ser un error. Hay muchas variables externas que entran en juego mes a mes y año a año. ¿Qué significan entonces estos números abstractos de PBI cuando los acumulamos en décadas? Haciendo un ejercicio simple con algunos supuestos demográficos, si el Perú crece

por los siguientes 30 años a un ritmo de 5%, alcanzaría una riqueza similar a la que tienen hoy los habitantes de Corea del Sur o España—es la magia del crecimiento compuesto—. Al 4%, se parecería más a las Rusia, Grecia o Hungría del 2019. Al 3% por año, hacia el 2050 veríamos un país como lo que es hoy, en términos de PBI per cápita, Argentina, México o Irán. En tanto que al 2%—cifra a la cual nos estamos aproximando—el Perúano promedio de aquí a tres décadas sería tan rico como lo son hoy los colombianos, dominicanos o costarricenses. Es imposible sobrestimar la importancia del crecimiento sostenido en el largo plazo.

Es cierto que, en nuestro barrio latinoamericano, 2,5% de expansión para el 2019 no es malo. Pero también es cierto que otros países más ricos que nosotros, como Colombia y Chile, crecerán más rápido, y que el mundo, en promedio, también nos sacará ventaja.

Es tentador atribuir el bajo crecimiento al frente externo en deterioro—y algo de razón hay ahí—, pero la verdad es que la mayor responsabilidad nos la llevamos internamente. En el Perú en algún momento empezamos a pensar que teníamos algo así como un derecho divino a crecer a más del 4% por año. Sin promover inversiones en serio, sin desarrollar infraestructura, sin capacitar personas, sin reforma laboral, sin nada que sea demasiado difícil o políticamente costoso, así no más. Pero en economía, el derecho divino no existe. —